

se hinchaba cada vez que aspiraba aire para seguir cantando. La miraba yo atentamente, como si algo desconocido hasta entonces me revelara su falsa frescura de jamona, cuando Jacinta, que se entretenía en podar un rosal raquíptico colocado en una maceta, tosió, advirtiéndome que estaba presente.

Sentíme avergonzado, como si me hubiera sorprendido en una mala acción, y obedeciendo al primer impulso, entré en mi cuarto, como si quisiera ocultarme. Pero no bien estuve en él, sentí mayor vergüenza por haber huído, dando lugar á que Jacinta se imaginara quien sabe qué enredo; busqué la manera natural de volver al corredor y hablar con ella cualquier cosa, y fraguando un pretexto salí, dirigiéndome á la maceta del rosal.

—Jacinta, le dije ¿me hiciera vd. favor de darme una aguja con hilo?

—Con mucho gusto, me contestó con tono afectuoso que me llamó la atención

Entró en su cuarto y volvió á poco con la aguja entre los dedos.

—¿Va Vd. á coser? me preguntó burlescamente.

—No..... es decir, es un botón de la camisa.

—¿La que tiene Vd. puesta?

—No; otra que voy á ponerme.

—Pues lo pegaré yo; démela Vd. un momento.

—Se va Vd. á molestar.

—¡Qué molestar!

Y como me dirigiera yo á mi cuarto, ella me siguió tan de cerca, que pienso que me vió cuando arranqué el botón á una camisa que los tenía completos. No había yo contactado con su amabilidad.

Dió un paso hacia adentro, y hubo un instante de perplejidad, porque no quiso sin duda sentarse, ni se determinó á llevarse la camisa á su cuarto.

—Deténgala Vd., me dijo.

Lo hice con ambas manos á la altura de su pecho, prendió ella la aguja en la tela, pasó el botón, é inclinándose un poco comenzó la tarea. Su aliento bañó mi muñeca izquierda, corrió por dentro del puño de la camisa y rozándome el brazo me hizo estremecer con súbito escalofrío. Sucedió por se-

gunda vez, luego por la tercera, y cada onda de aire lanzada por ella me producía un breve sacudimiento y aumentaba el temblor de mis manos.

—Estése Vd. quieto, que me puedo pinchar, me dijo.

Y levantando un poco más la cabeza, que adelantó también para ver mejor, respiró con mayor fuerza, echándome todo un golpe de su aliento dentro de la manga. Me sacudí con mayor fuerza. Ella había concluido, y al cortar con los dientes el hilo, cerca del botón, puso una de sus mejillas sobre mi mano, y debajo de mis ojos su nuca, morena y redonda.

Cuando levantó su cabeza y quiso clavar en los míos sus ojos atrevidos y desfachados, halló en mis pupilas tal expresión, que tuvo que apartarlos turbada y enrojecida.

Los pasos de Doña Serafina que salía de su cuarto, hicieron abandonar el mío á Jacinta; pero la litigante estaba ya frente á mi puerta, y la Barbadillo precipitó una de esas explicaciones que acusan, y dijo al retirarse:

—¡Este Juan que no sabe pegar un botón!

Y enseñó la aguja.

Doña Serafina la miró con aire de maliciosa seriedad, deteniéndose junto á la puerta; yo salí al corredor, por hacer algo, buscando en el movimiento el disimulo; y como tenía yo la cara encendida, no me ocurrió hablar de otra cosa.

—¡Hace un calor atroz, dije.

La Gomera me miró un instante, y antes de seguir su camino, me dijo, dulcificando el tono de su voz chillona.

—Cuando se le despeguen los botones á las camisas, llámeme Vd. á mí, que estoy muy cerca, y tendré mucho gusto en servirle.

Le dí las gracias brevemente, para que entendiera que no quería yo conversación. Las frases largas me cortaban el aliento.

XIII.

En el balcón.

Apareció *El Cuarto Poder* en el estadio de la prensa, y todos los estimables colegas le recibieron regocijados, deseándole mucha suscripción y larga vida. Le anunciaron, haciendo grandes elogios del primer número; dijeron que el cuerpo de redacción estaba compuesto de notables y distinguidos escritores, y alguno hubo que pusiera con todas sus letras nuestros nombres, cargando á estas sus correspondientes adjetivos laudatorios. Escorroza se encargó de contestar, y á cada colega le dijo una flor distinta, haciendo uno como examen de la prensa; y tal salió, que cualquiera creería, con leerle, que

la tierra mexicana así paría escritores ilustres como revoluciones y magueyes.

Albar asistía diariamente á la renovada redacción, y aun solía escribir algunos artículos, caracterizados por lo interminable de sus párrafos, en los cuales no se encontraba punto donde tomar resuello. Pero entonces sí que parecía director del periódico, aunque más era administrador. Leía periódicos, señalaba con lápiz lo que debía contestarse, indicaba los asuntos que se habían de tratar y en qué sentido, y los reparaba entre los redactores, dando á Escorroza los más graves, intrincados y trascendentales, como escritor de más enjundia y caletre.

Pero no habían salido aún cinco números de *El Cuarto Poder*, cuando mi serie de artículos, iniciada en el primero con el título de «La situación,» llamó la atención de la prensa por su vigor extraordinario, y la de Albar por los elogios que los colegas de la oposición hacían de mi pluma. Un diario tomó la defensa del Gobierno y la discusión se entabló con brío, con energía; por parte

del ministerial, con la constancia de quien cumple un pacto que produce rentas; por la mía, con el coraje y arrojo de quien encontraba en aquellos artículos un desahogo de los rencores é iras que encerraba en el corazón. El diario gobiernista llegó á ser severo conmigo, y yo entonces me volví insolente con el Gobierno; subió él á la insolencia contra *la oposición*; y entonces yo, (que en esos días seguía siendo humillado y burlado por Don Mateo), entonces yo, empujado por mis pasiones y adulado por Albar y Carrasco, y aplaudido por la prensa amiga, lancé sobre el Gobierno cargos que nadie se atrevía á indicar siquiera; analicé la vida de cada Ministro; enumeré sus veleidades, sus errores, sus más leves faltas, descansando en los datos y noticias que el mismo Albar quiso darme; y al fin, extremando la energía del tono, la ampulosidad de la forma, y la insolencia de las recriminaciones, vituperé la conducta de la prensa que llamé *asalariada*, sin reparar en que yo también escribía por salario, y *El Cuarto Poder* le recibía del escándalo, como *La Columna* le había recibido de la adulación.

Y así era la verdad. En menos de un mes, el periódico obtuvo en la capital crecido número de suscriptores; los pilluelos le voceaban por todas partes, haciendo una venta que superaba á la de los periódicos más cuerdos y reputados; los agentes de fuera hacían pedidos considerables, y los Gobernadores, asustados y temerosos, daban su protección vergonzante al periódico, á hurtadillas de los Ministros, pidiendo á Albar en cartitas afectuosas, mayor número de suscripciones.

Cuando á consecuencia de todo esto mi nombre fué conocido ventajosamente y Albar me dobló el sueldo; cuando mis artículos, reproducidos por los periódicos de oposición con grandes elogios, llegaron á ser buscados por los lectores y exigidos por el director como cosa indispensable, Sabás, en el colmo de la admiración, me adulaba con su simple sencillez; Escorroza se puso celoso y disgustado, y Pepe quiso darme algún consejo, que yo ni siquiera oí, confirmando las palabras que en otra ocasión me había dicho Carrasco. Aquello no era más que envidia.

Mi pluma abarcó bien pronto cuanta materia quiso, por ese privilegio que tienen los hombres de talento, de hablar de todo, seguros de hacerlo bien, así no entiendan el asunto de que se trate. Escribí un día crítica literaria al uso; es decir, poniendo por las nubes á todos los poetas, sin distinción alguna, ni siquiera de color político, porque así lo exigía la confraternidad de las letras nacionales. Y á poco publiqué una oda, que naturalmente fué acogida con grandes aplausos y que sirvió para que los demás me colocaran en la cumbre del Parnaso, por reciprocidad y gratitud. Esto dió ocasión á que otro poeta, tan inspirado como yo, escribiese una serie de artículos, probando sin contradicción, que el Parnaso mexicano era tan alto como el de cualquiera otra nación, y tres deditos más.

Mientras tanto, yo no solía ver á Remedios sino cuando iba á Bucarelli, en la misma carretela tirada por los dos alazanes. El carruaje pasaba junto á mí con rapidez; Don Mateo apartaba la vista para no verme, orgulloso y soberbio; Remedios, con los ojos

bajos, me parecía, sin embargo, altiva, por el brillo de sus joyas y lo reluciente del traje; los caballos mismos se me figuraba que erguían más las cabezas al pasar junto á mí y que trotaban con más brío. Sólo en tales momentos me sentía yo pequeño y miserable, á pesar de mi fama de periodista. La humillación que en todo esto veía y sentía yo, ejercía una influencia poderosa en mi alma; pues con poder de despertar y re-crudecer mis rencores y con ellos la envidia impotente y desesperada, me empujaba vigorosamente á todo lo malo, con esa fuerza que adquieren las malas pasiones cuando flaquean las buenas y nos ahoga el despecho.

Me metía yo en un mar de suposiciones que tenía por hechos demostrados. Remedios, desvanecida por el lujo, que no había probado hasta entonces; deslumbrada por la refinada sociedad en que había entrado de súbito; gozando de todos los halagos de una vida de placer y de riqueza, despertaba del sueño dulce, pero simple y sencillo de sus primeros años, y con esos sueños se per-

día mi imagen, se borraba mi recuerdo, quedando apenas como el de uno de esos personajes de que reímos al despertar, porque le vimos hacer un papel demasiado importante en la ficción que nos embargó dormidos. ¿No sabía que yo era pobre? ¿No comprendía que su lujo me humillaba? ¡No me quería ya! Pero esto no obstante, yo me sentía arrastrado cada día á la calle de San Francisco, para verla pasar, como si tuviera yo cierta satisfacción dolorosa en confirmar mis suposiciones, recibiendo una nueva humillación todos los días.

Cuando me veía yo así como arrojado de mi paraíso, abrían á una los brazos para recibirme el mundo, el demonio y la carne; y por los tres me sentía atraído, en ellos creía ver como un refugio contra la adversidad, y aun algo como un desquite de mi mala fortuna.

Así me explico aquel ir frecuente á la sala de la casa de huéspedes; aquella inquietud que se apoderaba de mí, en viendo á Jacinta pasar frente á mi puerta; aquella irresistible comezón de platicar con ella sin

asunto ni concierto. Las groseras palabras de Joaquín y aun su falta de miramiento para con la enclenque hija del Agente, cuya inocente edad no respetaba, me parecían menos repugnantes; la conducta de Pedro Redondo no tan mala como la juzgaba primero, y la historia del piso bajo menos grave de lo que decía Don Ambrosio.

Jacinta me lanzaba miradas muy hondas cada vez que pasaba frente á mi cuarto; y notaba yo en sus ojos no sé qué confianza é inteligencia de amigos viejos que saben alguna historia antigua, agradable y secreta. Á veces sonreía maliciosamente, y entonces sentía yo gana de arrancarle un botón á otra camisa.

Una tarde, al ponerse el sol, había yo entrado en la sala, interrumpiendo la lectura de Don Ambrosio, quien desde luego se empeñó en probarme que había yo desatinado en alguno de mis artículos, porque me ponía á escribir sin haber leído á Alamán. Jacinta, que bordaba junto al balcón, me dirigió una mirada expresiva, como atrayéndome; pero tuve que responder á Barbadillo, y el

viejo tomó argumento de mi contestación evasiva, para replicar y armar disputa, en la cual me ví forzado á seguirle, porque sentí picado mi amor propio.

La discusión se anudó, amenazando no terminar en toda la noche; Jacinta dejó el bastidor á un lado y tosió repetidas veces, y salió varias al balcón; pero el viejo no se mordía la lengua, y cuando yo, oyendo el réclamo de la muchacha, trataba de quebrar el hilo de la disputa, decía él alguna frase que equivalía á llamarme tonto ó ignorante, bastante á detenerme y empeñarme más en la acalorada cuestión emprendida.

Jacinta se puso al balcón, mirando un poco á la calle y otro al interior de la sala, inquieta y nerviosa, y aprovechando un instante en que yo hablaba con cierta moderación, dijo volviéndose á mí:

—Venga vd., Juan; venga vd. pronto, antes que doble la esquina.

Acudí al llamamiento, y la muchacha agregó, señalando á un individuo que llegaba ya á la esquina de Corchero:

—¿No es aquel el amigo de vd. que escribe en el periódico?

La noche iba cayendo y era imposible distinguir á tal distancia una persona de otra. Sin embargo, yo me apresuré á contestar:

—Justamente..... es él.

—Pues ya lo conocía yo de cara, dijo Jacinta con naturalidad artificiosa.

Y como notara que Barbadillo me esperaba para continuar la discusión, siguió hablándome de lo que le vino á la boca, sin cuidarse de no revelarme su malicia, con tal de detenerme á su lado.

—Este es el que dice vd. que escribe muy bien, ¿verdad?

Yo no le había dicho nada.

—Sí, tiene cara de inteligente. Debe de hacer buenas migas con vd.; porque como son compañeros y piensan del mismo modo y están juntos todos los días.....

Siguió Jacinta ensartando mentiras, revelación para mí de malicia y verdadera provocación que me avergonzaba, por no haber tomado yo la iniciativa. Alimenté la conversación con empeño, conviniendo en haber dicho á Jacinta lo que ella inventaba en aquel momento; y cuando Don Ambrosio, cansado

de esperar, fué á su cuarto á guardar el libro que leía, su hija y yo estábamos tácitamente concertados para engañarle.

Cuando el viejo se retiró, la conversación de farsa tuvo que terminar; y Jacinta y yo quedamos frente á frente, á solas con el pecado que acabábamos de cometer, descubierta por ambos la doble malicia y ligados por la culpa. Ella me miraba con modo provocativo, clavando en los míos sus audaces ojos y con leve sonrisa en los labios; pero yo me sobrecogí, me asusté con el súbito cambio de escena, y volviendo lentamente el cuerpo, crucé los brazos y apoyé los codos en la barandilla. Después de un momento de inmovilidad, noté que Jacinta se colocó en igual postura cerca de mí.

La sombra indecisa de la noche iba invadiendo las calles; y más allá del Puente de Monzón, no veíamos sino los bultos borrosos de los transeuntes, cuyas formas era ya imposible distinguir. El farol suspendido en mitad de la calle, á poca distancia de nuestro balcón, extendía apenas su amarillenta luz en un círculo estrecho, que se pintaba

en el suelo, moviéndose continuamente con las oscilaciones del farol que el viento mecía. Y el soplo de Octubre era frío, como precursor de un invierno riguroso; en tal manera que yo tenía las manos heladas, aumentándose el malestar que sentía en todo el cuerpo.

Después de cinco minutos mortales de embarazoso silencio, mortificado por la vergüenza de mi patente cobardía y empujado por una fuerza irresistible, volviendo la cara al lado opuesto, extendí los dedos de la mano izquierda hasta que tropezaron con los de la derecha de Jacinta. Extendiólos ella á su vez, y rozando suavemente los míos, me hizo estremecer, con un sacudimiento que me avergonzó.

—Hace frío, le dije; y mi voz apenas fué perceptible.

No me contestó, pero avanzando la mano estrechó la mía con fuerza; y yo la sentí tibia, gruesa y acolchonada, y penetrando su calor en mis venas discurrió por mi cuerpo todo como corriente eléctrica. La sangre acudió á mi rostro, volví la cara y ví

los ojos de Jacinta brillantes, con la luz del farol en el fondo, como chispas de fuego, atrevidos y con expresión de echarme en cara mi cobardía, para animarme á la empresa. Nuestros hombros se juntaron, se estrecharon hasta estrujarse; mi mano resbaló hasta la redonda muñeca de la muchacha, y la apretó con ligera sacudida, y al fin, viendo sus ojos cerca, muy cerca; confundidos los alientos fatigosos, pasé mi brazo por su espalda, tomé con la otra mano su cabeza, y atrayéndola ruda y violentamente, puse mis labios en su rostro..... no sé en qué lugar: en cualquiera.

Cuando lo recuerdo, me parece que aquel chasquido resonó desapacible, sin poesía, semejante á un latigazo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XIV.

"ALFONSO HEYES"

Edo. 1825 MONTERREY, MEXICO

¡No mientas!

No te apures, hijito; no te apures ni te acabes la vida, que todo irá llegando no sólo á su tiempo, sino antes. ¡Caramba! ¿Pues te parece poco tener tanta fama como tienes, siendo tan joven? Luego con ese talento que Dios te dió, eres capaz de llegar á Ministro ó á cualquiera otra cosa de esas que suenan fuerte. Don Blas está encantado. Dice que tú subirás mucho; y la verdad, mira tú, ahora si ya voy entendiendo lo que escribes. En cuanto veo tu nombre al pie de un artículo, me pongo á leerlo, por más que Don Blas se impacienta, esperando que yo concluya. Cuando les dices á los otros periódicos

cos que viven de mendrugos, y que tienen salario, y que el decoro de la prensa y que la altísima misión del periodista, y qué sé yo que otras cosas, hasta me pongo trémula, y me dan ganas de coger á todos esos tíos y echarlos en el bracero. Luego léo la gacetilla, no te creas que no; busco los parrafitos que copian de otros periódicos, en que dicen que eres gran escritor, distinguido poeta, hábil crítico..... ¡Uf Juan! Si te ponen por las nubes. ¡Ah! ten presente que no le has hecho unos versos á Remedios, aunque te lo he recomendado cien veces. Bárbaro azafranillo, no la mereces, no señor; no creas que la mereces, por más que seas una gran cosa.

Por supuesto que toda esta plática de Felicia iba acompañada de los exagerados y graciosos ademanes de costumbre.

—Muchas gracias, señor Don Juanito, muchas gracias por los géneros que mandó vd. ayer, con los cuales me voy á hacer un vestido, ¡huy! pero qué vestido! Todo está muy bueno; pero no hay que abusar de la buena suerte; economise vd. caballero, eco-

nomise vd., porque se tiene que casar dentro de poco. ¡No te figuras, hijo, cómo será eso de que vivamos juntos, Remedios, tú y yo! Te prometo que les he de servir de mucho, porque los quiero con alma y vida; sobre todo para entretener á los nenes, mientras vds. se vayan á pasear. Una Remedios así, mira, de este tamañito, y tan linda como la otra, y un Juaniquirrito que ha de andar hecho una bola de gordo.

—Cállate, cállate; no digas simplezas; dije interrumpiéndole, y verdaderamente desazonado.

—¿Qué cosa? Si á ella misma he de decirselo.

—No quiero que lo hagas, y no lo harás.

—Pero, hijito.....

—Te repito que no, repliqué con cierta aspereza.

Felicia guardó silencio un instante, y luego mirándome con desconfianza me preguntó:

—¿Se puede saber que tienes tú con Remedios de algún tiempo á esta parte?

—Nada; respondí, afectando indiferencia.

—¿Nada? Mira, Juan, que me estás mintiendo.

—Pues nada.

—Entonces ¿por qué no le haces versos? Vamos á ver; siéntate allí, toma papel y has unos muy apasionados. ¡Anda!

—Pero, hija, tu crees que todo es sentarse.

—Ustedes los que tienen talento ¿cómo no? Vamos, hombre.

Permanecí sentado, y la joven, acercándose á mí, me tiró de la oreja con enojo.

—¿Ya lo ves? Tu tienes algo que no me quieres decir. ¿Por qué no le has escrito una carta? ¿Por qué no la buscas á todas horas?

—¿Y ella, pregunté á mi vez, exaltándome, por qué no viene á verte?

—Ya te dije que vino una vez, pero tanto entonces, como cuando he ido á su casa, el tío se nos ha plantado y no nos deja hablar á solas. No creas que lo haga por malicia, no; es que se me figura que á ese bárbaro.....

—¿Qué?

—Pues, hijo, que le gusta mucho platicar conmigo.

—¿Á Don Mateo?

—Al Señor General, sí señor. Se me quedá mirando el pobre hombre, que se le cae la baba; y usa conmigo de cierta galantería de lo más divertido. Hijo, que se me figura que le lleno el ojo.

Y la muchacha se echo á reir con franca risa, mientras á mi se me subía la sangre á la cabeza, cierto de que Felicia no se bromeaba, ni se equivocaba tampoco.

—Es un bruto, le dije, que es capaz de pensar en tí de veras. ¡Se le ha subido tanto la vanidad!

—¡Silencio! gritó la muchacha. Vd. no sabe si me gusta ó no, y se expone vd. á lastimar mis sentimientos.

Y después de decir esto con cómica gravedad, cambió de tono y continuó con gesto de admiración.

—¡Ah! ¡Vaya si se le ha subido! Tiene coche, criados, paga un dineral por la casa que ocupa, todos los cuartos están alfombrados, y con una alfombra que hasta miedo da pisarla. Me enseñó todo. La sala está muy elegante, con espejos grandísimos; el come-

dor precioso; y, sobre todo el cuarto de Remedios, hijito, parece un relicario, propio para ella, digno de ella. Una cama muy linda con sus colgaduras que con soplarlas se deshacen; un tocador con mármol y su espejo alto hasta allá, y muchos frasquitos y trebejos por todas partes; un escritorio de no sé qué madera, que dice Don Mateo que vino de Francia, y un ropero con mas espejos; y muchas cosas, hijo, muchísimas cosas que ni sé cómo se llaman, porque ni Don Mateo ni Remedios se pudieron acordar para decírmelo.

La relación de Felicia me estaba ahogando; me puse en pie antes de que concluyera, y dí algunos pasos, aunque atento á lo que ella decía, sin perder una palabra. Cuando terminó, tomé rápidamente mi sombrero y me despedí de la joven con sequedad, divagado, quizá con el semblante descompuesto.

—¿Qué tienes? me preguntó.

—Nada, respondí. Voy á escribir un artículo, es tarde y había olvidado que tengo urgencia de escribir eso.....

Y mientras caminaba de la calle del Amor de Dios á la del Puente de Monzón, pensé con todos sus pormenores un artículo, comparando la casa humilde de un ciudadano de provincia, con la del mismo ciudadano cuando un golpe de fortuna le eleva á un puesto inmerecido. Los pensamientos eran francos y atrevidos, las palabras amargas y punzantes, las imágenes grotescas y oportunas; cada concepto un estrujón, cada palabra un latigazo.

Mi imaginación inventaba prodigiosamente, alimentándose con la amargura de mi corazón y encendiéndose al calor de mi cerebro. Y sus ficciones, vivas y tangibles, tomadas como realidades, servían para martirizarme más y envenenar mi sangre.

Próximo ya á la casa de huéspedes, mis ideas tomaron al parecer otro camino; pero no era sino el mismo, el del abatimiento el del despecho, seguido á prisa y muy adelantado.

¿Qué me importaba á mí todo aquello? ¿No había más mujer en el mundo? ¿No había en él glorias para todos los que supieran

buscarlas, grandeza para los audaces y placeres para cada hombre? ¡Bah! Yo tenía la culpa, por encariñarme tanto con un pensamiento, y atenerme á cierta conducta metódica y tonta y hasta hipócrita. El mundo se agitaba en mi derredor; todos procuraban gozar de él, menos yo, que le tenía miedo...

Al llegar á la puerta, recordé que Don Ambrosio, que había tomado desde el día anterior un romadizo, no podía bajar á abrirme, y para la portera era demasiado tarde. De fijo no entraría yo aquella noche en mi cuarto. Probé, sin embargo, y con gran asombro mío, antes de dos minutos la puerta se abrió por mano de la anciana cocinera de arriba, que nunca velaba hasta esa hora.

Cuando hube subido la escalera, todo lo comprendí: Jacinta, frente á la puerta de su cuarto, estaba echada de codos sobre el pasamano. Me detuve un momento, y cuando la criada desapareció, rumbo á la cocina, avancé de puntillas acercándome á la muchacha.

—Son las once, me dijo secamente en voz baja.

—Me entretuve en la redacción, contesté.

—¡No mientas, no mientas!

—Es la verdad.

—¡No mientas! repitió Jacinta irritada.

Y al mismo tiempo, me dió un pellisco rabioso en el brazo. El dolor fué intenso; pero lo fué más el extraño sentimiento de satisfacción, de placer jamás probado que agitó mi cuerpo y conmovió todo mi ser, al verme castigado por una mujer celosa. Quise tomarle las manos, y como me rechazara bruscamente, añadido este incentivo á mi empeño, insistí sin miramiento; y al fin, ciego y obstinado, puesto que ella escondía las manos, hurtándolas á mi deseo, abrí los brazos, la obligué á estrecharse con la pared, y allí la aprisioné entre ellos, fuera de mí, casi ahogándola.

La puerta de Doña Serafina crujió para abrirse, y llenos de igual susto, Jacinta entró de un brinco en su cuarto y yo corrí al mío. Cuando la litigante logró abrir, mi puerta estaba cerrada, y yo detrás de ella contenía la respiración. Por una rendija ví á la inquieta señora levantar en alto la vela

para ver por todas partes, y noté que miró atentamente la puerta de Jacinta y la mía.

¡No la podíamos engañar!

XV.

El cajón de inútiles.

EL CUARTO PODER iba su camino adelante guiado por el hábil redactor *en jefe* Don Javier Escorroza, en cuya sabiduría y pulso fiaba, descansaba y aun dormía el director y propietario del insigne periódico. Su prestigio, sin embargo, había menguado un poco con mi encumbramiento; hecho que él demostraba no haber pasado inadvertido, con la inquina y mala voluntad que me cobró y de que yo sólo hacía aprecio para envanecerme.

Pero el famoso escritor, además de este motivo, daba otros para aburrir á Albar y Gómez, siendo el principal, su manía insu-

frible de completar el pensamiento de su interlocutor, adelantándole las palabras. Albar fruncía la enjuta carilla con impaciencia, y procuraba no respirar hasta concluir la frase; pero ni así se escapaba: Escorroza le acompañaba por lo menos en la segunda mitad.

Y aun había más: Don Javier padecía distracciones inverosímiles, singularmente desatinadas, y peligrosas en su mayor parte. Cualquier sombrero era el suyo, limpiaba la pluma en las faldas de la levita de Carrasco, recogía la tinta del tintero volcado con las cuartillas que Pepe acababa de escribir, y hacía otras lindezas por el estilo.

Llevaba en cierta ocasión cerrada polémica con *El Lábaro del Siglo*, y con asombro nuestro, Escorroza alzaba el tono á punto de que nunca le creímos capaz, por lo provocativo, altanero y valiente. De uno en otro artículo la discusión se acaloró, se encendió, se agrió, hasta que era ya imposible terminarla si no por medio de las armas, ó por una satisfacción bochornosa para el que tuviera la debilidad de darla. Estábamos

nosotros suspensos y atónitos, de encontrar tal valor detrás del pacífico semblante del periodista; y más nos maravillaba la tranquilidad con que se ponía á escribir tanta cosa como le decía al *articulista* contrincante, «que ocultaba su rostro tras la máscara del seudónimo para herir á los caballeros que se presentaban con la visera alzada.»

El público lector seguía aquella polémica con creciente interés, gozando con los agravios que ambos periódicos se dirigían, y esperando leer un día ú otro los pormenores de un duelo. Albar estaba orgulloso, nosotros pasmados. Pero ¡oh dolor! un día *El Cuarto Poder* publica en su primera plana un artículo terrible contra Escorroza, del seudónimo autor; y á la vez *El Lábaro del Siglo*, uno de Escorroza, contra su adversario.....Nada; que Don Javier trocó los originales y los periódicos por distracción, y á pique se vió de perder los dos sueldos que ganaba.

En un arranque de indignación, tuvo esta disculpa:

—¡Malditos correctores, que no atienden más que á la ortografía!

Albar, pasada la primera impresión, dejó la cosa quieta. Al fin Escorroza tenía siempre la ventaja de ser periodista viejo; había necesidad de conservarle para que el periódico anduviese bien.

Desde áquel día, Escorroza fué para nosotros un títere sin valor ninguno; si bien Pepe aseguraba que la demostración de su mérito no podía ser más terminante. Yo estaba indignado y veía con desprecio al periodista, á quien insensiblemente fuí considerando como rival envidioso de mi verdadera importancia, y envidiado por su calidad de jefe de la redacción.

El único sobre quien ejercía su influjo de superior, era el pobre de Sabás; pues ni Pepe ni yo hacíamos maldito el caso de sus órdenes.

Á medida que el diario tomaba renombre y aumentaba su tiro, la redacción era más concurrida. El abogado que había de alegar en estrados próximamente, iba en busca de Escorroza para que pusiera dos renglones respecto á la justicia de su causa; el diputado, después de un mal discurso, lle-

vaba al periodista su media hora de charla, de tal suerte corregida y trasformada, que sin mejorar gran cosa, no se parecía en nada á la copia de los taquígrafos; á Don Javier buscaba el empleadillo que, temeroso de ser despedido, necesitaba un elogio para afirmar su posición; á Don Javier el cesante que trataba de ser repuesto; á Don Javier, en fin, todo el que había menester cinco líneas del periódico, para ampararse con la opinión pública ó envolverse en un pliegue de su generoso manto.

La mayor parte de los párrafos que de esta suerte prodigaba Escorroza, como dispensador de la fama y el renombre, eran escritos sobre puntos anotados con lápiz, por el paciente Sabás, que hasta creía recibir en ello cierta honra. Y en cambio el viejo periodista obtenía el provecho que de sí daban todas aquellas menudencias despreciadas por Albar; pues éste se atenía á las de más tomo y cuenta, bien como el rico labrador deja á sus jornaleros que beneficien los frutos desmedrados que no se entretiene en recoger.